

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

Núm. 112

(Jesucristo á sus discípulos)

UN CASO

DE HIGIENE MORAL Y FÍSICA

Venía el chicuelo conducido por una pareja de la Guardia Civil. ¿Creeis, lectores, que la vergüenza se reflejaba en su rostro? Muy al contrario, lo que demostraba era el descaro más cínico que pensar se puede, como de quien está avezado á estos lances. ¡Y un chicuelo de poco más de catorce años!

Tuve ocasión de hablar con él un buen rato y he aquí lo que nos dijimos:

—¿Tú por aquí tan pronto y en tan agradable compañía? ¿Qué has hecho?

—Pues... na... total, que dí un navajazo á uno por que me estaba tomando el pelo. Si me dejan más lo mato. ¡Da un gusto pinchar cuando hay rabia!

—Vaya, vaya, tú prometes ¿No tienes miedo al castigo?

—¿Qué, no señor, ya estuve aquí otras veces y nunca me hicieron cosa.

—¿Por qué estuviste las otras veces?

—Una vez por emborracharme y romper no se cuántos vasos y botellas, riñendo con... no se quién, ya no me recuerdo; y la otra vez por eso que llaman... blasfemar.

—Dios tenga misericordia de tí, infeliz criatura. ¿No ves que quien todo lo ve y lo oye te puede castigar terriblemente?

—Pos no me castigó, porque al llegar á la inspección se echaron á reir cuando sabieron por qué me llevaban y me dijeron: ¡anda, anda, vete pa tu casa y no te ensucies tanto! Con que ya ve. Además que como hablo yo hablan toos. Yo por toas las partes oigo á los municipales... y á muchos señorones... blasfemar.

—Dime, ¿no tienes padre?

—A mi padre no lo conocí por que se marchó de casa cuando yo era más pequeño y mi madre echóme ya tiempo al devalo porque le estorbaba en casa al otro que vivía con ella... (Aquí me refirió el infeliz muchacho una vida de hechos repugnantes imposible de referir, pero frecuente por desgracia en los barrios extremos de nuestras poblaciones).

—Ya no me extraña, pobre criatura, ni tu manera de hablar ni tu conducta. Abandonado á tus instintos ¿de quién ibas á recibir buenas lecciones?

—Había allí en mi barrio una escuela, pero yo nunca quise dir á ella, además

que casi siempre estaba cierrá.

—Y á la Iglesia ¿no ibas nunca? acaso al Catecismo...

—¡Uy! Si allí no hay Iglesia ni eso otro que V ha dicho ahora. Una vez pasó por mi barrio un cura y entre yo y otros, corrimosle á pedradas. ¡Díomos una risa!...

—Vamos á ver, ¿tú sabes quién es Dios?

—¿Dios?... no señor, ni falta.

—¿Tampoco oíste hablar de la Virgen Santísima?

—Paréceme que sí á alguna vieja del barrio, pero esas son cosas de flaires y monjas pa sacarnos los cuartos.

—¿Tienes algún oficio?

—Denguno.

—¿No trabajaste nunca en nada?

—No, señor.

—¿Quién te mantiene entonces?

—Arrobo lo que puedo.

—¿Sabes leer y escribir algo?

—Me estorba lo negro.

—No es posible, hijo mío, no es posible que por ese camino llegues nunca ha ser hombre de provecho para la sociedad...

—Soilo pa mi y basta. ¡Abajo los burgueses! Yo quiero ser anarquista.

—Ya lo eres, ya, pero escucha; el anarquista no solo no hace feliz á nadie sino que no lo es él tampoco ni lo será jamás y por añadidura, Dios le habrá de castigar terriblemente en la otra vida.

—¿Después de muerto?...

—Quién muere es el cuerpo; el alma va á recibir el premio ó el castigo según que aquí haya sido buena ó mala. Esto que creas en ello como que no creas.

—Pero... entonces... no nos morimos del too?

Creí conveniente darle algunas lecciones de religión, aprovechando el tiempo de que podía disponer, lecciones que aquel infeliz rapaz escuchaba asombrado sin mostrar por ellas esa burla ó desprecio que yo me había imaginado, considerando su estado casi salvaje.

¡Casí salvaje!!... ¡Y á dos pasos de ciudades cultas, con todos los progresos de civilización moderna!... He aquí un caso de higiene moral y física que conviene tengan muy en cuenta nuestras autoridades y con ellas esas almas cristianas capaces de todas las molestias, de todos los sacrificios por salvar hermanos para Cristo, por dar á la sociedad hombres honrados, útiles.

¡A misionar á misionar! El lugar de trabajo no está lejos, está á la misma puerta de nuestra casa, está en esos barrios pobres, abandonados de toda instrucción moral y religiosa. Saben menos de Cristo Crucificado la mayor parte de estas gentes que los habitantes de las selvas más incultas. ¡Qué vergüenza! ¡Qué responsabilidad por lo que á muy poca costa puede remediarse!

J. O. F.

NOTAS UTILES

Animales útiles que no lo parecen. —La vaca de San Antonio extermina el pulgón. El sapo persigue encarnizadamente las limazas y las hormigas. El sapo volador ataca á los cinifes. El murcielago hace á las mariposas nocturnas y á los abejorros la misma guerra que las golondrinas á los mosquitos. La musaraña vive de los gusanos de la tierra, como del trigo los ratones. El mochuelo, muy lejos de perseguir á las palomas y á los pollos, como equivocadamente creen algunos, se come él solo más ratones en un año que no harían seis ú ocho gatos en igual periodo.

En paz con las abejas. —Para vivir en paz con las abejas basta con no enfadarlas; y si por casualidad se posan sobre nosotros, es suficiente con soplarles encima y no ahuyentarlas con la mano, pues un sacudimiento brusco las encolerizaría.

Cuando estemos convencidos de que esto es cierto, no se temerá á las abejas, y seguramente se llegará á manosearlas sin peligro alguno. Visitando á menudo una colmena, cuidándolas y ofreciéndolas de vez en cuando algunos alimentos de su gusto, conocerán al amigo que las regala, y se prepararán encima de él sin el menor recelo.

Si se quiere llegar al fondo de las colmenas, se toma un lienzo atado á un palo y se presenta humeante á su entrada; las abejas huyen zumbando al momento; y cuando se ha concluido la operación, se retira el lienzo y ellas se reponen en seguida de su temor.

El Soldado Español

Curtido por la pólvora que humea,
noble con el amigo y el contrario,
audaz hasta emprender lo temerario,
y más valiente cuanto más pelea;

en rústica mochila, que blanquea
lleva su pan, su equipo, y su salario,
y al pecho, en un bendito escapulario,
la imagen de la Virgen de su aldea.

Semejante al pedazo de metralla,
que el cañón á los aires abandona,
muere desco nocido en la batalla.

Y hoy que la fama su valor pregona,
para el que lucha y vence, sufre y calla,
¿no ha de tener la Patria una corona?

ANTONIO F. GRILO.

La gran tontería de los obreros

La gran tontería de los obreros es dejarse engañar de buenas palabras, y dejarse coger en el garlito por los socialistas, revoltosos, republicanos, demócratas, anticlericales, pillos y demonios de todas clases. Sí, amigos míos, os dejáis engañar como unos chinos!

Entráis en el socialismo. Leéis *El Liberal*, *El País*, *La Lucha de Clases*! Os hacéis republicanos! os apartáis de todo lo que huele á sacristía! Entráis en una sociedad de resistencia! tal vez en una sociedad anarquista ó ácrata! Muy bien! Eso llena la boca! Pero vamos á ver, ¿qué habéis sacado? ¿qué os dan con eso? y ¿qué os quitan? Comencemos por lo que os dan.

No os dan nada de presente. Os dan para mañana... promesas! Promesas de que vendrá la redención del obrero, de que se va á construir de otro modo más equitativo la sociedad, de que se acerca la era de la felicidad de los proletarios, de que la humanidad entra en un nuevo derrotero. Todo eso es mentira. Pero decidme, cuántos años tenéis? ¿veinte? ¿treinta? ¿cuarenta? Pues bien, si esa redención, ó esos derroteros ó felicidades tardan en venir veinte ó treinta años, os cogerán en el cementerio. ¡Toma entonces felicidad y derroteros! ya te servirán de mucho! Y mientras eso llegue siéntate, espera y come promesas.

En cambio yo te diré lo que te quitan.

En primer lugar te quitan el dinero. Por de pronto para las cajas de resistencia te llevan bien de ello. Y de seguro que no me dirás muchos obreros, que hayan sacado de las sociedades más ni tanto como han metido. Los cajeros, sí, los administradores de vez en cuando se escapan con las cajas de los demás.

Los mandones que tenéis se aprovechan de esos depósitos y sus jornales para sus revueltas, crecimientos y provechos personales.

Os quitan la religión. Poca cosa os parece esto, pero ya te diré en otra ocasión lo que quitan quitándo la religión. La religión te impediría ir al infierno, ir á los vicios, ir á la bestialidad, te daría el vivir resignado y honrado, el ganar el cielo, y... el no dejarte engañar por pillos. Si fueses religioso y cristiano no te embaucarían los que te embaucan. Por eso te impiden que vayas á la iglesia. Ni aun bautizar tus hijos te quieren permitir! demonios! ni casarte por la iglesia! brutos! ni morir con sacramentos! criminales! ni enterrarse en sagrado! sacrilegos! Vamos! cómo te dejás seducir por ellos?

Os quitan la familia. Por de pronto ya te he dicho que no quieren que os caséis por la Iglesia. Y ya sabes que no estar casados por la Iglesia y no estar casados, sino arrimados es una cosa. Además os obligan á ser de diferente modo de pensar de vuestras mujeres, y á sacrificarla y á vuestros hijos el día de mañana por los intereses de la sociedad, y á vivir en el club y en la taberna, y en la revolución, separado de vuestra familia.

Os quitan la decencia. Porque os enlazan y eslabonan con lo más perdido y degradado de la sociedad. Por que en esos partidos está la hez de las mujeres desvergonzadas y la hez de los hombres perversos y embrutecidos, vagos y golfos. Y con esos os obligan á juntaros á los obreros, que, gracias á Dios, sois decentes.

Os embrutecen. Claro está. Os dan unas cosas más malas á leer! os hacen oír unas barbaridades en los mitines! os hacen participar de unas conversaciones más bajas! os hacen vivir en unas sociedades más indignas! Y es que á vuestros cabecillas les conviene que los obreros seáis brutos, y cuanto más brutos mejor para sus planes! Que seáis descorteses, que seáis tabernarios, que tengáis lenguaje blasfemo é insolente, que seáis viciosos y capaces de daros de palos con todo el mundo... eso, eso les conviene. Que tengáis mucha rabia á los burgueses! que odiéis á curas y frailes y jesuitas y monjas y reyes y autoridades y todas las personas decentes! Con eso engordan vuestros cabecillas.

Os quitan la libertad, que es lo que vosotros más estimáis, y os atan con mil compromisos. Chicos! no podéis negarlo! Tenéis unos jefes ocultos que os manejan á la maravilla. Lo que ellos or-

denen eso tenéis que hacer. Ni más ni menos. Si ellos decretan huelga, huelga! Si ellos decretan, trabajo, trabajo! Si ellos decretan mitin, mitin! Si decretan revuelta, revuelta! Si decretan que no entréis en tal fábrica, no entráis en tal fábrica; que no leáis tal periódico, no hay que leer ese periódico! que no vayáis á confesar ni á comulgar, infelices si vais á comulgar ó confesar! Esclavos, más que que esclavos! parece mentira que no caigáis en la cuenta. Y esos jefes, esos cabecillas se valen de vosotros en provecho propio, Ellos comen bien, se pasean bien, crecen, pasan de obreros á burgueses, tal vez de cajistas á diputados, acaso de cargadores de garbanzos á comerciantes y propietarios, mientras vosotros coméis los huesos mondados por ellos, servís de mozos de sus comercios, y solo sacáis... marcas en las espaldas de los tacones que ellos pusieron sobre ellas para encumbrarse!...

Os tiran al cañon Vosotros sois la carne de cañon de las revueltas y motines. En ocasiones como las últimas de Barcelona los cabecillas, los impíos, los criminales esconden su cabeza y os lanzan á vosotros á la calle, á la barricada, al incendio, al cañon. Ellos siempre salen ganando, sea que vosotros triunféis, sea que seáis acibillados. Vosotros infelices! Siempre lleváis la peor parte. ¡Por tontos!

Os degradan y embrutecen. Mirad qué cosas han hecho hacer á los obreros de Barcelona sus jefes revolucionarios! Eso es indigno de hombres, indigno de hienas! sacrilegios, asesinatos, incendios, robos, desenterramiento de cadáveres, degüello de inermes y débiles, y otras mil infamias de que cualquiera que tenga un poco de dignidad se avergonzaría. Eso han hecho obreros de Barcelona y de otras partes, ahora y en otras ocasiones. O mejor dicho, eso les han hecho hacer! Para eso os quieren embrutecer con esas lecturas rabiosas, con esos mitines violentos, con esas sociedades clerólobas, con esos voceríos é instigaciones criminales, con esas calumnias que vosotros bebéis como agua.

Oh, amigos! no seáis bobos! no os dejéis embaucar! no os esclavicéis á jefes ocultos! no os fiéis de gente enemiga de Dios y de la Iglesia! Los socialistas, los republicanos, los liberales, los anticlericales, son vuestros enemigos.

¿No lo creéis? Peor para vosotros.

R., S. J.

Las Escuelas Laicas

Decía Victor Hugo, que el padre que manda á su hijo á la escuela laica cree-

cia ser ahorcado en la plaza pública. Y Victor Hugo era sastre que cosía el paño, puesto que de tanto andar entre los maestros sacos sabía de qué pie cojeaban, y confesaba que no eran de fiar.

Las escuelas laicas son una verdadera calamidad. Tal vez saldrán de ellas los chicos con mucha Geografía y con muchas Matemáticas en la cabeza, pero también saldrán sin un átomo de Religión; y cuando lleguen para ellos esos momentos críticos en que se necesita un freno muy poderoso para contener el ímpetu de las pasiones, de estas será la victoria, por saltar el sentimiento religioso, la educación religiosa que es la única que puede hacer que el hombre se mantenga en el límite de sus deberes antes que atropellar los derechos de los demás.

Sin la educación, religiosa el hombre es peor que una fiera. Los conocimientos científicos no aprovechan de nada si á ellos no se une la luz de la Religión. Por que cuando el hombre deja de obedecer á Dios, y se cree con derecho á burlarse de sus leyes, ¿á quién va á obedecer? Se reirá de la autoridad humana, y sólo el terror del castigo podrá contenerle por más ó menos tiempo; pero cuando se aleje ese terror, hará de las suyas y atropellará todo cuanto se le ponga por delante con tal de conseguir su objeto. La experiencia de todos los días traducida en un sinnúmero de casos nos dice con una elocuencia que aterra, á qué extremos conduce la impiedad al hombre.

Aun cuando la Religión fuese una invención humana, habría que respetarla, defenderla y propagarla siquiera por instinto de conservación, y para asegurar la paz en las familias y en los Estados. Su voz, (la de la Religión) es la única que puede penetrar en el santuario de la conciencia. Destruir la Religión, es destruir los fundamentos del orden social; es proclamar la anarquía en las conciencias, y establecer el reinado del más feroz salvajismo entre los hombres.

Y la semilla de esta anarquía y de este salvajismo se cosecha con abundancia en las escuelas laicas. Allí se enseña á los niños á creer que no hay Dios, ó que si le hay, no se ocupa para nada en las cosas de los hombres; allí se les enseña que la Religión es una mentira, que la Iglesia y los Sacerdotes son enemigos de los hombres, que la vida futura es una fábula, que no hay más vida que la presente, y que lo que importa es gozar aquí en este mundo. Con estos principios, ¿qué puede esperarse? Los que lleváis á vuestros hijos á tales escuelas, no os quejéis cuando ellos, fieles á esas máximas absurdas, se despeñan por el camino del vicio ó del crimen. La responsabilidad que contraéis á los ojos de Dios y de la sociedad no puede ser más tremenda. No olvidéis que Victor Hugo, que no era Cura ni Fraile, sino un masón de tomo y lomo, os hubiera ahorcado.

F.

La Botella Negra

— — —

Un día, delante de una pobre cabaña, un niño de pocos años contemplaba una botella que tenia en sus manos, murmurando:

—¿Estarán dentro de esta botella los zapatos como dice mamá?

Por fin, después de darle muchas vueltas, cogió una piedra y rompió la botella; más al ver que no había nada dentro, espantado por lo que acababa de hacer, se echó en el suelo y comenzó á llorar tan fuerte que no oyó el ruido de pasos de alguien que se acercaba á toda prisa.

De pronto una voz dijo con acento severo:

—¿Qué es eso?..

Aterrado el pequeñuelo al oírlo, volvió los ojos: era su padre.

—¿Quién ha roto la botella?—preguntó éste.

El niño no respondió.

—¿Quién ha roto la botella?—repitió su padre de mal humor.

—¡He sido yo!—exclamó al fin el niño, sofocado casi por las lágrimas.

—¿Y por qué la has roto?..

El niño miró á su padre. Es que en la voz de este había algo á que él no estaba acostumbrado: algo de compasión que su padre había sentido al ver aquel pobre ser inerte y debil encorvado, doblado casi en su desolación, sobre los restos de la botella.

—Yo quería—murmuraba el niño entre tanto—ver si había dentro un par de zapatos nuevos...

—¿Como podías imaginar que hubiera dentro de la botella un par de zapatos nuevos?

—Es mamá la que me lo ha dicho. Siempre que le suplicaba que me comprara un par de zapatos, me decía que mis zapatos y sus vestidos y el pan y otras muchas cosas estaban en el fondo de la botella negra... y yo creía encontrar algunas de estas cosas dentro... Pero ya no lo haré más...

—Está bien, hijo mío—dijo el padre poniéndola mano sobre la cabeza en sortijada de su hijo.

Después entró en la cabaña, dejando al niño asombrado con su moderación, tan fuera de lo ordinario.

Algunos días más tarde, el padre entregó un pequeño paquete, mandándole que lo abriera.

Al abrirlo el pequeño lanzó un grito de alegría.

—¡Zapatos nuevos! ¡Zapatos nuevos!—exclamó—¿Has recibido otra botella, papá? ¿Estaban dentro de ella?..

—No, hijo mío,—le contestó su padre con dulzura—ya no quiero otra botella. Tu madre tenía razón, todas las cosas iban antes á perderse en el fondo de la botella negra; las que he echado en ella no es fácil sacarlas de allí, pero con la ayuda de Dios ya no volveré á echar ninguno en adelante.

JOSÉ MARI.

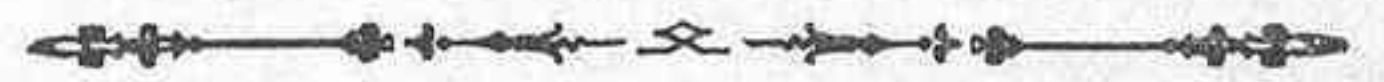
Preparémonos

— — —

Hace unos cuantos años un extranjero muy principal, y persona distinguidísima, recorrió varias provincias de nuestra patria, observando y estudiando las costumbres de nuestro pueblo. Cuando regresó á su país, le preguntaron sus amigos qué impresiones traía de su excursión por España; contestó: Es un pueblo de blasfemos y renegados, es un pueblo que trabaja en las fiestas, como si allí no estuviese vigente la ley de Dios. Es un pueblo que por su apostasía va rápidamente al salvajismo. Yo he visto y he oído con espanto lo que allí pasa y se dice contra Dios, contra la Hostia consagrada, contra la Virgen y contra lo más santo de nuestra divina Religión. Aguardad, que no se harán esperar tremendos castigos: Yo tengo fe en la Providencia y en su justicia, añadí; creo en el supremo dominio de Dios sobre los hombres y sobre todos los acontecimientos; se que Dios es paciente porque es eterno; pero las naciones que, como España, permiten que sus hijos se encaren contra el Omnipotente, y le escapan las horripilantes blasfemias que allá he oído, han de recibir pronto la paga que tales atrocidades merecen. Aquello es un reto continuo á la divinidad, una provocación estúpida é infernal al Criador: de cielos y tierra.

Y las profecías del extranjero se han cumplido ya en gran parte; las venganzas divinas se han patentizado formidables, y es de temer que si nuestro pueblo no se corrige, mayores han de venir todavía. (El Restaurador).

«Jamás ha condenado Dios á la opresión y el envilecimiento á todo un pueblo, sin que éste provocase antes la ira divina con sus vicios y maldades. ¿Se nos oprime ahora? Creednos, estábamos corrompidos; por eso el azote de Dios ha caído sobre el pueblo, y ha estallado hasta el silencio de los claustros. Vistámonos de cilicio, humillemos nuestra frente delante de Dios; pero al volverlas á nuestros opresores, no la humillemos, alcémosla, al contrario, con noble intrepidez, porque somos nosotros, los que ahora debemos temblar» (Aparisi Guíjarro).



CHARLA

— — —

—¡Banastas!... y qué majo vas... pareces un burgués... ¿Ta tocao la lotería?

—El Gordo, pero no ese gordo de los millones, sino otro más gordo todavía.

—¿Alguna herencia de algún tío de las Américas?..

—Déjame en paz de cuartos que dan más penas que quitan. Me ha tocado el premio del *sentido común*.

—Tú *desvarias*... no te entiendo... pero... ¿es que te puedo acompañar pa que me lo cuentes too?

—Si, vente conmigo, y te explicaré.

—No me lleses á tu palacio porque así... de esta facha como estoy... ya ves que... tizno.

—¡Y hoy día de fiesta! Debiera darte

vergüenza no andar un poco más aseado ganando casi el doble que yo.

—Las *necesidades* de la vida, chico.

—Que necesidades ni que ocho cuartos. Los vicios que te llevan cuanto tienes y lo que quedas en deber.

—Todos no semos de la voluntá que tú que desque diste *giuelta á la tortilla* tas hecho un metódico.

—Eso precisamente es lo que me hace vivir en mejor posición que tú, ganando menos que tú. La moderación en los gastos, la vida arreglada ¿entiendes? lo hace todo en bien del obrero.

—Mira no filosofemos porque entonces me *enrollas* con tus *algunmentos*. ¿Pa ónde vas ahora tan majo?

—Al Círculo.

—¿Socialista?

—Quita de ahí, ¿no sabes ya que yo me cansé de ser explotado?

—Pos entonces no conozco otro Círculo...

—Qué vas á conocer tú, pobre autó-mata del gremio de los *manejados*. Voy al Círculo Católico donde se da la gran fiesta con motivo de la inauguración de las clases diurnas y nocturnas y de otras cosas que tú no conoces ni siquiera por el forro... bien que de la fábrica al club, del club á la taberna y de la taberna á la cama, cuando das en ella, no tienes otros caminos.

—Conque vas al Círculo Católico?... ¿Y cómo te han engatusado esos beatos?

—Nadie me ha *engatusado* como tú dices. Me hice socio voluntariamente cuando ví lo que se hacia en el de los socialistas y en el de los católicos. Cuando pude comprender que en el primero éramos explotados y en el segundo favorecidos, cuando estudié el interés personal de los que manejaban el socialista, y el desinterés en favor de todos los asociados de los que regian el católico...

—Basta, basta. Te tengo miedo cuando aumentas porque no se qué contestarte. Pero si tengo oído que en ese Centro de los beatos no hacen más que rezar rosarios y oír misas y sermones.

—Facilmente pudieras informarte de lo que hay de cierto en tales dichos, por más que, aun cuando así fuera, los actos no son malos, para que puedan ser censurados.

Dime ¿pesan sobre los Círculos Católicos los horrores de sangre y cieno que sobre esos otros centros anticatólicos? ¿Han dado acaso nunca los Círculos Católicos días de luto á la nación ni siquiera á las familias como los vienen dando esos otros que se llaman anarquistas, socialistas etc. etc?

—Paéceme que no.

—Pues entonces ¿por qué los censuras? Porque en boca del malo no hay uno bueno, ¿verdad?

—No es por eso precisamente, sino porque como sólo se ocupan en rezos y sermones...

—Falso.

—...no se cuidan de las *necesidades* del obrero.

—Falso también. Vuelvo á repetirte qué tú y los demás que así hablan no

conocéis los Círculos Católicos. Si hubo un tiempo, cuando la fundación de estas sociedades, que ellas se ocupaban más en los fines religiosos, recreativos y algo de los económicos del obrero, hoy ante las elocuentes lecciones de la experiencia están llevando su labor social á un terreno inmejorable, tanto que hasta los mismos socialistas, atentos solo al bien material, ya la temen. Lee la prensa sana, no esa vanal y *arrimadora del ascua á su sardina* y te convencerás.

—Pues en nuestros centros se yo que también se hace mucho.

—En vuestro favor *unas migajas*, en el de los *caciques* panes enteros, por eso á medida que vosotros soltais cuotas y más cuotas para *esto* y para lo *otro*, los mangoneadores suben de obreros á burgueses y se hacen propietarios.

A propósito de lo que te voy diciendo oye lo que publica este periódico que acabo de comprar.

REPARTAMOS

«Dice El Socialista:

»Las ventas hechas por la Cooperativa Socialista Madrileña, durante el primer semestre del corriente año, ascendieron á 212.241,18 pesetas.

»Las utilidades obtenidas durante el mismo periodo fueron 2.312,29 pesetas, que á propuesta del Consejo de Administración se repartirán en esta forma: 1.000 á los consumidores, 230 á la agrupación Socialista de Madrid, 115 al Comité Nacional del Partido, 100 á «El Socialista» diario, 100 á la Sociedad de escuelas laicas y 767,29 á la amortización del mobiliario»

«¿Creén ustedes que la cosa nada tiene de particular?

»Pues se equivocan de medio á medio.

»Porque han de saber ustedes que en la Cooperativa esa, como en todas las restantes deben ser los beneficios á favor de la entidad de 5 por 100.

»Ahora bien; ese tanto por ciento haría que fuese 10.612,05 las pesetas del reparto.

»Y efectivamente, los socialistas madrileños solo sacaron beneficios 2.312 ¡Habrá cerros!

»Aparte de que solo para 1.000 en manos de los consumidores. Las restantes llevan el camino de las 20.000 que no se sabe dónde están.

»En eso de repartos pasa siempre lo mismo á los socialistas. ¡Cuan lo no hay un tesorero que sepa repartir á un mejor y se fugue con las pesetas, no siendo habido!

»¡Que se dan casos!»

—¡Canastos!... Si eso pasara en mi Círculo...

—En todos los vuestros cuecen habas sólo que en algunos á calderadas. Es de siempre eso «el tesorero de la sociedad obrera Ch. 6 B. se ha largado con los fondos dejando á los asociados *sin pluma y cacareando*.»

Jamás en los Círculos Católicos ha pasado nada semejante, porque en ellos no se explota al obrero, despues de haberle arrancado la esperanza del Cielo; no se le busca como medio de satisfacer insanas ambiciones, no se le expone á la muerte ni á la miseria ni á la deshonra sino que se le ama en Cristo, se le mira como hermano, se le procura todo el bienestar posible acá en la tierra asegurándole á la vez la felicidad eterna que es el objeto principal de esta vida.

—¡Ni un pae predicaor! ¡y cómo te se ha contagiao!

—Déjate de chistes malos ¿es ó no verdad lo que digo.

—Qué si yo si no conozco los Círculos neos.

—Por que no quieres. En ellos no se niega la entrada á ninguno que vaya de buena fe.

Pues sí, amigo, en estos Centros, que no me canso de recomendar como un bien que conozco, á todos mis compañeros de trabajo, los obreros se asocian por oficios, estudian en folletos y revistas muy útiles para el caso como «La Paz Social» las leyes de las que pueden hacer uso sin acudir á medios reprobados, y contra-productentes, para todo aquello que redunde en beneficio del arte ú oficio que practican; en estos centros existen secretariados populares, la *mutualidad para los socios enfermos* y sus familias, según las cuotas. *Peculios para en caso de matrimonios, de nacimientos y para funerales y entierros*. Hay Cajas de Crédito, Economatos, Cajas de Ahorros, Bolsas del trabajo; se estudia el gran recurso de las habitaciones baratas e higiénicas, con huertos para obreros. En la parte agrícola proporcionan igualmente muchas y fundadas utilidades así en seguros del ganado, como en anticipos para la adquisición de los instrumentos de labranza necesarios...

—Según eso los que sois socios de tales gangas, no tendréis ninguna necesidad por satisfacer.

—Lo que sé decirte es que tú ya sabes cómo me las manejaba yo cuando alternaba con vosotros y cómo me las arreglo ahora, hasta el extremo de dar-te envidia.

—Una poca. Pero yo se de Centros neos que no tienen casi nada de eso que contaste.

—Van aumentando estos beneficios á medida que los recursos se lo permiten.

—Tambien se de muchos que pertenecen á esas sociedades que buenos pejes están.

—La sociedad Católica no puede hacerse responsable de la conducta desus asociados fuera del local; no obstante, tal pudiera ser ésta que los expulsase. Se han dado casos.

—¡Uy, uy, uy!... Entonces no conteis conmigo.

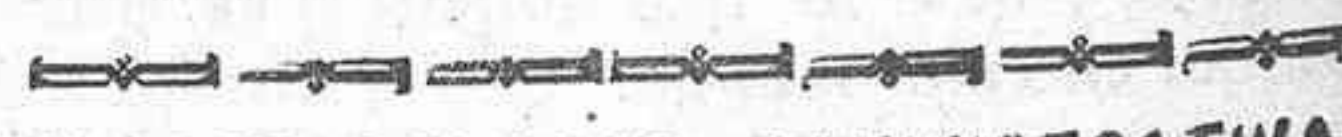
—Algun día te pesará.

—Puede.



BIBLIOGRAFIA

Se nos ha remitido «El Intransigente» periódico radical de buena ley, que se publica en Cartagena, con el que desde luego queda establecido el cambio.



CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. F. G. G.—Ayar del Rey.—Pagó hasta fin Marzo 1910.

Sr. D. H. M.—Avila.—La «Catequesis» seguirá publicándose desde el n.º próximo.

Sr. D. J. F.—Navia.—Pagado hasta fin Septiembre de 1911.

Sra. D. T. P.—Sta. Ana.—Pagado hasta fin de 1909.

Sr. D. T. C.—Sta. Ana.—Id. id. id. id.